fin á volver á ella, so pena de no tener ninguna.—Lejos la *reforma* de desvanecer ó destruir esta importante observacion, ha servido para confirmarla manifiestamente; porque á pesar de haber empleado tanta pasion en buscar en esta doctrina un lado vulnerable, no ha podido de ninguna manera encontrarlo: pasion evidentemente reconocida en la desordenada violencia de sus ataques, hiriendo á diestro y siniestro, ignorando á punto fijo lo que ha de destruir ó lo que debe conservar, y viéndose obligada á mirar cómo todos se le escapan por no haber querido conservarlos todos.

—Hay mas: no todo es igualmente bueno en lo mismo bueno que tienen las obras humanas, pues tienen estas partes mas bellas unas que otras; la figura principal ha sido cuidadosamente esmerada, las accesorias desatendidas; y esta misma negligencia era necesaria, pues es tal la fragilidad del hombre, que la carencia de toda imperfeccion es con frecuencia en sus obras una imperfeccion, porque no pudiendo aspirar á la perfeccion absoluta, se ve obligado á buscar la relativa y á hacer valer sus propios defectos. No sucede así en la obra de Jesucristo: es en ella tan profundamente sabio todo, que sería difícil señalar algo que lo fuera mas ó menos. Al estudiar uno tras otro todos los puntos de su doctrina, la diferencia de importancia que parecia distinguirlos se desvanece, se descubren bellezas imprevistas, relaciones inesperadas, y nos encontramos como inundados de admiracion: no descubrimos límites en ninguna parte, desaparece toda graduacion, y por todas partes se nos ofrece la misma sabiduría, una sabiduría infinita.

—Otro de los caractéres de los sistemas humanos es empezar seduciendo: tan acomodado se halla todo en ellos á las miras naturales de la humana razon. Lo contrario sucede en la doctrina cristiana: el primer movimiento del entendimiento humano es de no comprender absolutamente nada en ella, de chocarle y hasta de mofarse de ella: tan *distinta* es de la nuestra la razon que la preside; y debe ser así en efecto si es una razon divina, siendo la nuestra, relativamente á ella, débil y corrompida, y debiendo por consiguiente sentirse herida la primera vez que la encuentra, como un ojo enfermo al contacto de una gran luz. Pero ¡cosa admirable! cuanto mas se coloca el espíritu del hombre ante esta doctrina en la situacion de humildad, de pureza, de recogimiento, de desconfianza en sí mismo y de buena voluntad, que es la que él debe tomar si es divina la doctrina, tanto mas órden descubre en ella, mas armonía, mas sabiduría, mas fuerza, mas infinidad en todos sentidos y mas profundidad. Se le ofrece todo un mundo nuevo que lo inicia en sus misteriosas riquezas; ve despuntar poco á poco y una despues de otra luminosas verdades donde antes no habia visto mas que enigmas confusos y á veces absurdos; las ve abrirse y dejar escapar de su seno otras verdades mas luminosas aún, que contienen en sí otras nuevas, y así indefinidamente; las ve corresponderse, reflejarse unas en otras, y enlazarse maravillosamente. No tiene tiempo de recogerlas y contarlas; ellas se disputan su asombro y admiracion, y le hacen entrever tantas semejanzas á la vez y tocan tan diversos puntos, que toda su atencion no alcanza á abrazarlos: no puede mas; y entre todos los vocablos que se le ocurren para espresar lo que siente, no hay mas que uno que le cuadre perfectamente, el de *divino*, volviendo de este modo por el éstasis de la razon á la simplicidad de la fé.

Indudablemente hay todavía en esta doctrina mucho *incomprensible;* y aunque la razon descubre en ella muchas cosas, está aún como anonadada á vista de lo que le falta conocer. Pero si no fuera así, ¿seria divina esta doctrina?.... Las doctrinas humanas no proceden de este modo; aspiran á hacerse comprender, y tienden á este fin todos sus esfuerzos, porque solo la evidencia puede legitimarlas; y siendo toda razon humana esencialmente igual á otra razon humana, la comprension es de derecho, y su defecto acreditaria la obra de impotencia ó de sinrazon. En una doctrina divina debe suceder todo al revés: en vez del ecsámen, debe ser la fé su fundamento de admision; en vez de la evidencia, debe ser el misterio quien la consagre. No puede adoptarse sino con la condicion de no comprendérsela, porque quien dice divino, dice incomprensible. No queremos decir que todo deba ser incomprensible en semejante doctrina, muy al contrario; pero supuesto que no todo puede ser comprensible, y que en su fondo ha de encontrarse siempre el misterio, debe situarse la fé á su entrada.

—Esto nos conduce á observar una cosa muy digna de fijar tambien nuestra atencion.—Las doctrinas humanas que se presentan como tales, cifran su buen écsito en las apariencias del misterio, y debe ser así tambien, porque deben imitar en esto á lo divino. Pero la propiedad de una doctrina verdaderamente divina, y que nada puede simular, es que permaneciendo misteriosa en su esencia, descubre en sus contornos admirables objetos de inteligencia, que ejercita á la razon al mismo tiempo que la somete, la llena de sus resplandores, hasta la dilata para rellenarla mas, y que solo le opone por fin el misterio despues de haberla hecho saborear en la comprension; es, últimamente, que se adapta por un lado á la inteligencia humana, para irse á perder por otro en las profundidades de la inteligencia divina, que es parte luminosa y en parte oscura, y que varía la proporcion de su luz y de su oscuridad segun nuestra aprocsimacion á su divina esencia por el perfeccionamiento de nuestra naturaleza.—Tal es el carácter único, el carácter distintivo del cristianismo.—Ecsaminad todas las demas doctrinas, y las encontrareis ó enteramente evidentes (en su pretension al menos) cuando se dan por humanas, ó enteramente oscuras cuando pretenden ser divinas. En este último caso hacen lo que todos los falsarios: apuran el original en todo lo que tiene de imitable, y dejan de todo lo que es esencialmente propio. El cristianismo tiene de comun con las demas religiones, que en uno y otras encontramos oscuridad; pero en las otras religiones esta oscuridad es muda, inmóvil, infecunda, absorbente de toda razon y de toda civilizacion; y en el cristianismo, únicamente en el cristianismo, semejante oscuridad es, si es lícito decirlo así, comprensible; está bajo la accion de la inteligencia, arroja en torno suyo resplandores que disipan la oscuridad natural de nuestros destinos, provoca mas bien que contiene á la razon, y no la contiene sino para dirigirla; es, en fin, la nodriza del genio y la generadora fecunda é inagotable de toda civilizacion verdadera.

—Otro de los caractéres de la divinidad en el cristianismo es el siguiente:—La verdad no es pura y completa en ninguna parte; siempre se halla mezclada con el error, dividida consigo misma y acomodada á las debilidades y pasiones de los hombres, segun la diversidad de tiempos y de lugares: "Casi nada vemos de justo y de injusto, dijo Pascal, que no cambie de cualidad cambiando de clima. Tres grados de elevacion del polo trastornan toda la jurisprudencia. Un meridiano decide la verdad. El derecho tiene sus épocas. ¡Buena justicia la que se halla limitada por un rio ó una montaña! Verdad del lado de acá de los Pirineos, error del lado de allá."—Esta es la suerte de la verdad en manos de los hombres.—El cristianismo presenta el reverso de este estado. En él se encuentran todas las verdades que en el mundo han ecsistido, con la ventaja ademas, de que estas verdades que se hallan diseminadas, alteradas, arrojadas acá y allá, lejos de sus verdaderos principios y de su aplicacion, y como perdidas en su aislamiento, en el cristianismo se emancipan, se ponen en contacto, se reconocen, se completan y justifican recíprocamente; se desarrollan, en fin, y se elevan hasta una altura en la que llegan á ser la simple verdad, la verdad absoluta, inmutable, universal, esa verdad católica que todo lo domina, que á todo se aplica, que no *cambia de cualidad aun cuando cambie de clima*, que *no tiene épocas*, que *no se ve nunca limitada por ningun rio ni montaña*, que no conoce *Pirineos*, que no está sujeta *al meridiano*.

Con todo esto nada decimos que no esté reconocido por los talentos filosóficos menos sospechosos. Solo se diferencian de nosotros en la manera de decirlo; en todas las pájinas de sus obras leemos que el cristianismo es el *eclecticismo* por escelencia, y un magnífico conjunto de todas las verdades diseminadas por el mundo antiguo (1).

Pues bien: nosotros decimos que esto solo importa virtualmente la divinidad del cristianismo.—Hay tres razones para probarlo.

Primeramente, para que hubiese podido el hombre aspirar á producir este *eclecticismo*, ¡qué enorme y previo trabajo no hubiera tenido que emprender sobre la historia de la filosofia! ¡Cuántos elementos y materiales no hubiera tenido que revolver, reunir, coordinar y comparar! Y ¿qué hubiera sido todo esto al fin y al cabo mas que un mosaico? —Si hay algo enteramente opuesto á la manera con que el cristianismo se formó, es esta. Figuraos un hombre toda su vida enterrado entre libros, un escrupuloso investigador de las doctrinas que le han precedido, un solícito compilador de todos los sistemas, un filósofo metodista y clasificador, un *eclécti-co*, en una palabra, y decid: ¿es este Jesucristo?... ¿es este esa simplicidad potente y regeneradora del cristianismo?....

La segunda razon es mas concluyente todavía. Como ya dijimos en otra parte, el eclecticismo, es decir, la reconstruccion de la verdad, supone invenciblemente en el que la opera la posesion previa de la verdad misma en toda su integridad. El buen sentido lo ecsige así. Para distinguir la verdad del error, para unir una verdad con otra, tal fragmento con otro fragmento distinto, y componer con ambos un todo, es necesario tener la idea, el plan, el tipo de este modo; es necesario conocer á la verdad como á sí mismo, es necesario ser uno mismo la verdad; por esto Jesucristo se anunció de este modo: Ego sum veritas.—Pero en este caso, ¿de qué serviria el eclecticismo y sus esfuerzos para encontrar la verdad que poseeriamos ya? Bastaria *revelarla*. Hablando del cristianismo, es menester, pues, decir *revelacion*, y no *eclecticismo*. Esta última palabra es un vocablo hueco y vano, puesto que la cosa que quiere significar no puede ecsistir sino con una condicion que la hace inútil, es decir, la posesion previa de la verdad. Y reconociendo, como se reconoce, que el cristianismo es esta cosa, es precisamente indispensable reconocer tambien que es la verdad sustancial, esto es, la Divinidad revelada á los hombres.

La tercera razon es la siguiente. Una vez reconstruida y restablecida la verdad en toda su integridad, ¿podemos elevarla y fijarla en un estado de unidad y de universalidad que abrace todos los paises y todos los siglos? ¿No puede la misma fuerza disolvente que arruinó una vez la verdad, cuando tenia esta toda su fuerza nativa, disolverla de nuevo, cuando no tenga mas que una fuerza de reconstruccion *ecléctica*? ¿Hay algun lazo, algun nuevo cimiento mas fuerte que la misma integridad, que pueda obrar el prodigio de esta indivisibilidad? Indudablemente seria preciso recurrir á un agente sobrenatural y divino, aun cuando no se tratara mas que del resultado del eclecticismo humano. Por consiguiente, lo confesamos, preferimos creer que el divino Autor de la conservacion de la obra es tambien Autor de la obra, porque así vemos siempre en la doctrina cristiana y en su indisoluble catolicismo la obra de un Dios.

IV. Así es, limitándonos á esta corta reseña de nuestras impresiones, cómo bajo todas estas fases refleja el cristianismo á lo lejos clarísimos rasgos de divinidad.

Sin embargo, solo hemos hablado hasta ahora de

(1) "Lo repito [y el ilustrado colega (M. Cousin) que preside esta academia, me serviria, en caso necesario, de garantía y de autoridad], el cristianismo no es solo un perfeccionamiento de la ley de Moisés y de aquella sabiduría hebraica circunscrita á los estrechos límites de una pequeña region del Oriente; es ademas el magnífico resúmen de todos los antiguos sistemas de moral y de filosofía, purgados de sus errores y elevados á principios mas sublimes y completos; es el punto de conjuncion de todas las verdades parciales del mundo oriental y del occidental, que se confunden en una verdad única, mas pura, mas clara, mas vasta; es el progreso final, por cuyo medio la humanidad ha sido puesta en posesion de los principios de la verdadera civilizacion universal." [M. Troplong, *De la influencia del cristianismo sobre el derecho civil de los romanos.*]

las propiedades *intrínsecas* del cristianismo, pues no debemos olvidar que además de estas hay en él otras propiedades *estrínsecas* y pruebas históricas á que no hemos tocado todavía, y que, como veremos luego, constituyen un carácter único é inimitable de divinidad.

Pero no considerándolo mas que en sí mismo, abstraccion hecha de sus formidables bases, y tomándolo solo en lo que es objeto de la fé de sus discípulos y de la repulsion de sus enemigos, decimos (y este es el resultado constante que hemos tenido á la vista en todo el discurso de su esposicion) que, á pesar de todo lo que debe tener de misterioso en el fondo de su doctrina, lo que en ella nos parece luminoso es tan perfecto, tan superior é incomparable, que basta por sí solo para establecer su divinidad y hacerlo admitir por todo entendimiento reflecsivo y elevado, en virtud, nos atrevemos á decirlo, de una *evidencia de ecsámen*.

No queremos destruir con esto lo que nosotros mismos hemos establecido en otro lugar, y sabemos que podrá decírsenos que no hay evidencia de ecsámen posible en una doctrina divina y misteriosa, en el sentido de que el ecsámen no puede ser en ella completo, y que pudiendo lo que se oculta destruir lo que le es conocido, no podria fijarse nunca en la evidencia absoluta. En tésis general lo admitimos; pero de hecho y segun el dictámen del sentido comun, juez soberano en las investigaciones de conviccion, creemos que no es así. Creemos que si, recorriendo uno tras otro todos los numerosos puntos de esta doctrina, se encuentra que cada uno de ellos tiene bellezas inimitables, y da como un sonido divino; que no solamente sucede así en cada punto tomado aisladamente, sino que puestos en contacto unos con otros, resultan de este contacto bellezas no menos soberanas, y que lo mismo en los mas minuciosos detalles que en el conjunto, por la síntésis como por el análisis, se llega por todos lados á una sabiduría inagotable é infalible, tanto mas evidente, cuanto mas pura y elevada es la razon que la contempla; creemos, repetimos, apoyados en el sentido comun, que una armonía tan rica, que una concordancia tan profunda é invariable, que todos los caracteres, en una palabra, que hemos descubierto en la doctrina católica, y que la confunden con las obras de Dios tanto como la distinguen de las del hombre, que todo esto seria imposible si en lo que permanece misterioso se encontrasen cosas que pudiesen desmentirla. La parte luminosa nos responde de la parte oscura como de sí misma, porque ella no ecsistiria sin su conformidad, pues su discordancia constituiria un prodigio mayor que el de su divinidad, la cual se halla así demostrada por *la evidencia de ecsámen*.

Tal es la conclusion á que desea llegar un talento sencillo y recto, que no haya tomado partido contra la verdad, para descansar en ella como en el seno de esta misma verdad. Es cierto que queda en esta conclusion materia á la crítica y á la controversia, pero no para el buen sentido ni la buena voluntad, y esto es lo que basta; pasando mas adelante, habria en ella demasiada evidencia, y ya no seria posible la evidencia, ni por consiguiente la sumision meritoria. Por otra parte, la fuerza de esta conclusion no podria ser apreciada por quien no hubiese leido mas que la deduccion definitiva que de ella hacemos en el presente capítulo, pues este mismo capítulo no es mas que el pequeño compendio de todas las impresiones de un gran volúmen de observaciones. Para sentir esa fuerza es preciso haberla ido adquiriendo gota á gota en estas mismas observaciones; no es intrínseca, sino penetrante; no corre por la superficie como un torrente, sino que va cayendo suavemente en el alma, atenta y recogida como aquellas lluvias pausadas, silenciosas y benéficas que parece que destila el cielo sobre la tierra.

He aquí el efecto de las pruebas intrínsecas y el sentido en que es permitido decir que de ellas resulta una *evidencia de ecsámen*.

Pero este mismo cristianismo, que se dice ser enemigo de la razon, no le proporciona esta evidencia sino como acrecentamiento y recompensa de su sumision á otra especie de evidencia mas obligatoria todavía, es decir, la *evidencia de autoridad*.

En la primera parte de los presentes *Estudios* hicimos resaltar esta evidencia de una manera indirecta y preliminar, y en la tercera vamos á presentarla de una manera directa y precisa, tratando á este efecto en ella de las *pruebas históricas ó estrínsecas*.

Con esto completaremos el trabajo que hemos emprendido: habremos recorrido la inmensa circunferencia del cristianismo.

No debe olvidarse empero ni esperar que la conclusion de estos *Estudios* nos proporcione lo que no es de naturaleza. Ni *la evidencia de ecsámen ni la de autoridad*, á cualquier grado á que las haga llegar el raciocinio ó la atestacion, demostrarán jamás toda la verdad del cristianismo, si no son completadas por otra especie de evidencia: *la evidencia práctica*. Aquellas pueden ir disponiendo la fé, solo esta puede consumarla. Así lo ecsige la naturaleza de las cosas. La verdad de una religion eminentemente práctica debe aprenderse practicándola. No llenaria su objeto ni seria lo que debe ser, si la práctica no enseñara nada mas que la teoría, y hasta si aquella no contuviera la porcion mas viva de sus luces. Para que la libre actividad del hombre se interesara y entretuviera, era necesario que ocultara Dios una parte de su conocimiento á las investigaciones intelectuales, y que sometiera su dispensacion á la fidelidad. Esto es lo que hizo, vinculando en la práctica de su ley las luces incomunicables que resultan del contacto del alma con él, y que son como los destellos de su divina faz. Por consiguiente, si quereis ir comparando hasta el término, si quereis realmente saber á qué ateneros acerca de esta divinidad del cristianismo, que tantos testimonios tiene á su favor y que tanto interesa á nuestros destinos,—haced el esperimento,—y muy pronto podreis decirnos lo que los habitantes de Sichar, despues de haber visto á Jesucristo, decian á la Samaritana que se lo habia anunciado: YA NO TE CREEMOS POR TU DICHO, PORQUE NOSOTROS MISMOS LE HEMOS OIDO, Y SABEMOS QUE ESTE ES VERDADERAMENTE EL SALVADOR DEL MUNDO (1).

(1) *Quia jam non propter tuam loquelam credimus; ipsi enim audivimus et scimus, quia hic est vere Salvator mundi.* Joan. IV, v. 42.

TERCERA PARTE.

CAPITULO I.

PRÓLOGO.

I. *El cristianismo es la única religion que tiene pruebas*, dijo Fontenelle.

Si estudiamos esta verdad, encontraremos que no solo es el cristianismo la única religion que tiene pruebas, sino tambien que estas son á la vez en él tan imponentes, tan numerosas y diversas, que pueden cautivar siempre á toda clase de talentos y caractéres, y hasta á un mismo talento en las varias disposiciones en que puede sucesivamente encontrarse, sin nunca dejarlo en una duda legítima de su creencia; y descubriremos tambien, que aun prescindiendo de las pruebas fijas y generales, aducidas por los talentos de todos los tiempos y lugares, reserva el cristianismo para cada siglo y para cada situacion del talento humano, pruebas especiales, cuyo valor no puede apreciarse hasta el momento en que se hacen indispensables, y que corresponden con esactitud á la tendencia de las necesidades, de las ideas y de las situaciones de la humanidad. Del mismo modo, para recordar una de nuestras comparaciones, que desde lo alto de un elevado faro, fijo é inmóvil en medio de la movilidad de los mares, la benéfica luz hiere y advierte con sus cambiantes colores el asustadizo ojo del marinero.

Al penetrar en la economía de las pruebas de la revelacion cristiana, no sabemos qué admirar mas, si la condescendencia de Dios, que de tal modo acomoda su verdad á todas las proporciones de la razon humana, ó la resistencia de esta, que pondera siempre el valor de su trabajo, y que encuentra siempre motivo para dudar, para negar. Pero la posibilidad de esta misma resistencia es otro de los miramientos y contemplaciones de esa divina economía que atrae la razon sin violentarla, y, satisfaciendo en cierto modo sus justas ecsigencias, le deja no obstante la libertad de su ceguera para proporcionarle el mérito de su fé.

Un hombre que anduvo flotando todo el tiempo de su vida entre estos dos estados, Rousseau, esponia del modo siguiente esta armónica variedad de las pruebas de nuestra religion:

"Dotados los hombres de cabezas tan diferentemente organizadas, seria difícil que unos mismos argumentos, sobre todo en materias de fé, los cautivasen igualmente á todos. A uno no hacen fuerza mas que cierta clase de pruebas, á otro otra clase enteramente distinta. A veces pueden todos convenir en una misma cosa; pero es muy raro que convengan en ella por razones idénticas.

"Por consiguiente, cuando Dios da á los hombres una revelacion en la que todos deben creer, es menester que la establezca sobre pruebas buenas para todos, y que sean diversas segun los varios modos de ver de los que han de adoptarlas.

"Con este raciocinio, que me parece recto y sencillo, se descubre que Dios habia dado á la mision de sus enviados diversos caractéres que debian hacer conocer esta mision á todos los hombres, grandes y pequeños, sabios é ignorantes, rudos é ilustrados. El que tiene la capacidad bastante flecsible para afectarse á la vez por todos aquellos caractéres, es feliz sin duda; pero no por esto merece compasion el que solo se afecta por algunos, con tal que se afecte lo suficiente para dejarse persuadir.

"El primero, el mas importante y cierto de estos caractéres, resulta de la naturaleza de la doctrina, es decir, de su utilidad, de su belleza (1), de su santidad, de su verdad y profundidad, y de todas las demas cualidades que pueden revelar á los hombres las instrucciones de la suprema sabiduría y los preceptos de la suma bondad. Este carácter, como he dicho ya, es el mas claro é infalible, lleva en sí mismo una prueba que lo dispensa de toda otra, pero es el menos fácil de probar: ecsige, para ser sentido, estudio, reflecsion, conocimientos é investigaciones que solo convienen á los hombres sabios, ilustrados y que saben raciocinar.

(1) No sé por qué quiere atribuirse al progreso de la filosofía la hermosa moral de nuestros libros. Esta moral, sacada del Evangelio, era cristiana antes de ser filosófica. Solo el Evangelio es siempre seguro, siempre verdadero, siempre único y semejante á sí mismo. [*Nota de* ROUSSEAU.]